

El Judío, el Holandés Errante y el psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

La leyenda sobre el judío errante nació aproximadamente en el siglo XIII cuando Roger de Wendover, un monje benedictino del monasterio de San Albano y Mateo de París quien pertenecía a la congregación de Clugny, comenzaron a divulgar la idea de la existencia de un hebreo inmortal que vagaba por Europa desde la Crucifixión. Según estos autores durante la pasión en la que Cristo sería ejecutado; el nazareno que cargaba la pesada cruz se detuvo por un instante frente a la casa de Aharuesus, pero este sujeto no mostró la menor piedad y le ordenó seguir su ruta. En ese instante el hijo de Dios lo miró de arriba hacia abajo y le profirió la siguiente amenaza: "Tendrás que vagar por el mundo hasta que yo regrese".

Aharuesus quedó perplejo y confundido tardando en volver en sí hasta que las calles de Jerusalem quedaron vacías. El mito nos advierte que lleno de remordimiento y contrición recorrió la Tierra sin hallar nunca su propia sepultura.

Otra leyenda señala que se trató de un mandadero de Poncio Pilatos que se apellidaba Cartefilus quien mostró una fuerte hostilidad contra Jesucristo durante la crucifixión. Su condena consistió en recordar las circunstancias que rodearon al sacrificio, la resurrección y las palabras de los apóstoles cada vez que iba a morir y en ese momento se producía una metamorfosis adquiriendo la misma edad que tenía el Salvador en el instante de su fallecimiento.

Resulta curioso el que Cartefilus cambiara de nombre durante su tránsito terrestre y en una época adoptó el de José, mientras en el siglo XIV fue rebautizado como Lakedión o Laquedem, pero lo que sí es un hecho es que nunca pudo morir sufriendo de una vida perpetua.

En realidad han surgido diferentes teorías acerca del judío errante y el investigador Maurice Lacroix sostiene que pudiera representar la dispersión de los judíos por el planeta o Diaspora, la cual puede haberse iniciado durante el gobierno de Augusto. Pablo los encontraba en Grecia e Italia y a partir del siglo IV ya existían fuertes colonias en el Rin y en España. De acuerdo al convenio de Caracalla postulado en 212, los hebreos habían adquirido muchos de los privilegios y obligaciones que los romanos, permitiéndoles practicar una religión que difería de la oficial. Sin embargo, con el arribo del Cristianismo su condición cambió y se consideró a sus dogmas como sacrilegos autorizándose edictos persecutorios desde la época de Constantino. Fue por lo tanto natural el que en la Edad Media apareciera una leyenda negra que los obligara a vagar por el mundo sin alcanzar su fin.

Uno de los países con un mayor prejuicio anti-semita ha sido Alemania y en 1602 se conectó al judío errante (der ewige Jude) con Jan Bultadeus, una persona real que recorría Europa desde el siglo XIII mostrando signos degenerativos y de decrepitud, pero que nunca podía morir.

Asimismo el escritor francés Eugenio Sue quien era ahijado del príncipe de Beauharnais y de la Emperatriz Josefina escribió en 1844 la novela "Le Juif errant", aunque el personaje aparece apenas en dos o tres páginas.

En lo que se relaciona a la leyenda del Holandés errante se puede afirmar que se deriva del capitán de un buque espectro cuya presencia determinaba los peores presagios. La razón partía de que frente a las tormentas la nave podía se-

guir cruzando los océanos con las velas izadas, mientras que las demás embarcaciones serían destruidas por el viento si realizaban la misma maniobra.

La tradición contaba que un buque en su retorno desde la India al cruzar el Cabo de Buena Esperanza encontró un temporal de frente y el capitán holandés se negó a plegar las velas profiriendo blasfemias contra Dios asegurando que cruzaría el Cabo, o sea, la lengua de tierra que penetra en el mar, a lo largo de la historia hasta el día en que llegara el Juicio Final. Su irreverencia fue tomada al pie de la letra y tuvo que seguir luchando contra las tempestades a través de los siglos. Según el mito el barco ha perdido su pintura adquiriendo una coloración de un blanco lechoso, se han marchitado las velas y la tripulación no es más que una sombra de la original.

La maldición hace que nunca arribe a puerto alguno, aunque valiéndose de una trompeta el capitán envía señales a otros buques y sus marinos pueden remitir alguna carta a sus familiares que los esperan desde hace siglos.

De acuerdo con Jan Leyden, la leyenda está basada en la nave que inició la explotación y venta de esclavos. En cambio para Walter Scott la tradición se deriva de un velero que cargaba a bordo un gran tesoro proveniente de la piratería y la rapiña donde además sucedieron una serie de crímenes. A consecuencia de los mismos sobreviene una plaga por lo que a pesar de que ofrecen pagar con oro no son aceptados en ningún puerto.

En enero de 1844 se estrenó en el teatro Real de la Opera de Dresden una de las obras más melodiosas de Ricardo Wagner intitulada "El buque fantasma". Ella se basó en uno de los poemas que Heinrich Heine escribiera en el verano de 1824 inspirado en el mar que observaba desde la isla Norderney.

La obertura de la época de Wagner se inicia cuando el barco errante se acerca a la costa noruega en una maravillosa página musical. En seguida aparece su capitán, un barítono que canta: "mi tumba... no la encuentro nunca". En el puerto se halla anclada la nave que dirige Daland, quien invita al forastero a cenar a su casa. En este drama se supone que el holandés podía bajar a tierra cada siete años y si encuentra el amor desaparecerá su condena.

En el acto siguiente el oficial errante conoce a la bellísima Senta, hija de Daland y aunque ella reconoce su parecido con un retrato del holandés que hay en la casa, se enamora perdidamente de él. Entonces la soprano canta la famosa aria "La redención por el amor hacia una mujer".

La ópera termina cuando Enrico quien era el prometido de Senta le descubre el secreto. Desde la nave anclada en el puerto el capitán holandés piensa que ella lo engaña y ordena a sus marineros que levanten el ancla. Surge el coro y el aria a todo pulmón del barítono: "Todo se ha perdido". Senta lo ve desaparecer en la penumbra y se lanza desde un arrecife, mientras en el horizonte naufraga el buque fantasma porque ha llegado al perdón.

Desde el punto de vista de la física, la idea de este navío podría derivarse de que la refracción de los rayos solares puede provocar la visión del fenómeno de la presencia de buques que no son reales.

Aspectos psicológicos

La pérdida de la existencia es mucho más negada que aceptada. Las creencias mágicas en los pueblos primitivos cambian con el arribo de la civilización y las manifestaciones

de la fe que proclama la inmortalidad.

La muerte significa la súbita detención del pensamiento, la conducta y la continuidad fisiológica. Al mismo tiempo representa la condición básica para entender la vida, por lo que la convicción de la inmortalidad constituye la expresión del narcisismo humano que se rehusa a terminar con su propia historia.

Los antropólogos han demostrado que la idea de una vida futura estaba difundida en las culturas primitivas a través de los siglos, pero que ella no se relacionaba con la conducta moral que el hombre hubiera observado a lo largo de su existencia. Incluso prevaleció este concepto en Babilonia y Asiria donde se concedía la inmortalidad a los soldados que perecieran en las batallas.

Fue en Egipto donde por primera vez quedó establecido el Juicio Final en el que Osiris y sus jueces decidirían si la ética que se observó en la vida terrestre merecía el premio de la eternidad. Asimismo en el valle del Nilo se momificó a los cadáveres porque después de la muerte venía la descomposición del cuerpo.

Los seguidores de Zarathustra en Persia llegaron a la conclusión de la existencia de un puente denominado Chirvat que tendríamos que atravesar al perecer y aquellos que hubieran carecido de bondad caerían en el infierno.

La inmortalidad del alma se volvió la piedra angular dentro de la filosofía griega y tanto Platón como Aristóteles concibieron la razón como un concepto eterno. En cambio Epicuro siguió un punto de vista materialista sosteniendo que la conciencia desaparecía al morir y no debería existir temor alguno a la pérdida de la vida. Por otra parte los filósofos estoicos como Marco Aurelio tomaron con escepticismo la idea del hombre eterno y Cicerón ante la muerte de Julio César alentó a su propio asesino a que le cortara la cabeza.

Puede afirmarse que fue el Cristianismo el que introdujo la continuidad del alma al fallecer. De acuerdo con sus postulados se recibiría el premio del cielo si se habían seguido los Mandamientos o se había observado una conducta enfocada hacia la bondad. Por el contrario el predominio de la maldad y la falta del remordimiento condicionaría el infierno.

Los personajes que describí en el artículo, el judío errante o el capitán del buque fantasma sufrirían el peor de los castigos al no alcanzar el llamado reposo eterno. En otras palabras, nunca encontrarían sus tumbas y sus cuerpos se irían descomponiendo sufriendo la decrepitud y corrupción.

En la realidad el ser humano requiere de la entropía, o sea, que los estados de equilibrio inestable terminan balanceándose hacia la nada. Fue esta la razón que llevó a Sigmund Freud a plantear un instinto de muerte contra el que lucharía la sexualidad. Por ello el hombre presenta una gran angustia ante la muerte que representa su extinción final.

Por su parte Karl Jung hizo énfasis en que los sueños primordiales unían la vida con la muerte. En su libro sobre la "Psique" el psicoanalista suizo sostiene: "Nunca podremos concebir un mundo regulado por otras leyes, pero es urgente que desarrollemos un punto de vista sobre el mismo".

La filosofía existencialista nos plantea que desde que nacemos estamos sometidos a la posibilidad de morir. Esta sensación llegará tarde o temprano por lo que debemos vivir cada instante como si fuera el último. Por ello la prolongación de la vida constituye una verdadera condena.